

Cultura del control o subculturas descontroladas

Una reflexión sobre la tensión cultural actual

JUAN BAUTISTA LIBANO

“Jung dice que los alemanes son salvajes recién incorporados a la civilización ¿Y cuándo asumimos nuestro propio salvajismo?”

Rodolfo Kusch.

Reunidos en el marco de estas jornadas de filosofía en torno al concepto de cultura me permito, a modo de introducción, precisar el término. Se entiende por “cultura”¹, en un sentido amplio, la información transmitida (entre miembros de una misma especie) por aprendizaje social, es decir, por imitación, por educación, enseñanza o por asimilación². En otras palabras, la noción actual de cultura³ se refiere al conjunto de los diversos aspectos de la conducta humana que son aprendidos y que se transmiten a lo largo de la historia⁴.

Pero profundizando un poco en esta noción amplia, políticamente correcta, que valoriza la diferencia y el multiculturalismo, se

¹ Etimológicamente el término cultura proviene del latín *cultus*, forma de supino del verbo *colere*, que inicialmente significaba “cultivar”.

² Aprovecho para resaltar la labor de aquellos que contribuyeron con sus obras al conocimiento de *lo que somos*. Por eso, vale homenajear a Rodolfo Kusch, en torno del cual se ha armado esta mesa de Filosofía Latinoamericana. Como diría Mario Casalla tras su muerte, pocos autores han sido tan originales, innovadores y creativos como Rodolfo Kusch dentro de la filosofía argentina. Destaco particularmente el esfuerzo de Kusch, desde el pensamiento, por realizar un corte epistemológico profunda con la cultura europea moderna (supuesta, desde el siglo XV, a ese ser originario de América). La europea es esencialmente una cultura masculina, diría él, de un yo dominador que, empuñando su ciencia y su tecnología, actúa y modifica el mundo a su antojo. En cambio, la americana es una cultura femenina: de la primacía del estar por sobre el ser; donde lo real prevalece por sobre el sujeto y ese “estar abierto” al juego de las fuerzas de lo “real” es un juego dramático sin certezas. De aquí que, mirado con ojos europeos, esta América resulta horrorosa y casi incomprensible.

³ Formulada así, en general, por la antropología, y, en especial, por la antropología cultural, en cuanto que la cultura es el objeto de estudio de dicha ciencia.

⁴ Desde la perspectiva de la etología, la noción de cultura se hace extensiva también a determinadas formas de conducta de otras especies animales.

puede observar que es compatible tanto teórica como prácticamente con la fragmentación y la marginación de grandes mayorías y con nuevas formas de dominación. Asimismo, se observa una particular tolerancia, o una cierta indiferencia, con la existencia de diferencias injustas.

Pero, ¿Cómo es posible? ¿Por qué sucede esto? Repasando la historia se observa que ya entre los griegos se disputó con frecuencia acerca de la diferencia entre lo que se ha llamado luego “el estado de natura” (naturaleza) y el “estado de cultura” (civilización)⁵. De aquí brotaron muy diversas posiciones: la cultura entendida como desarrollo de la naturaleza; la cultura como algo contrapuesto a la naturaleza; la cultura como superior a la naturaleza, etc.

En general cuando se habla de “naturaleza” y “cultura” es para distinguir entre dos aspectos de la realidad: la no humana y la humana. Pero también distinguimos entre dos aspectos del ser humano: el natural y el cultural⁶.

La metáfora, ya existente en la Grecia de la época sofista, consistente en considerar el espíritu como un campo, viene a marcar toda una tradición en la cultura occidental. El hombre “inculto” será, pues, como un campo sin cultivar, mientras que el hombre “culto” será aquél que tendrá cuidado de su espíritu. En este sentido, el término cultura se entiende aplicado al ámbito del individuo, y en este ámbito mantiene una cierta relación con el término griego *paideia*⁷.

Es en los siglos XVII y XVIII cuando el término se amplía, entendiéndose por cultura aquello que el hombre añade a la naturaleza,

⁵ Diccionario de filosofía J. Ferrater Mora, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.

⁶ Las dos distinciones pueden interpretarse ontológicamente o metodológicamente, o ambas cosas a la vez. En la interpretación ontológica se supone que naturaleza y cultura difieren básicamente. En la interpretación metodológica se supone que “naturaleza” y “cultura” pueden formar una especie de continuo.

⁷ Término griego que, aunque etimológicamente significa educación de los niños, engloba un significado más amplio que abarca todo proceso de educación o formación, y se funde con las nociones de cultura o de civilización. En sus orígenes, la educación en Grecia tenía un cierto carácter aristocrático y se basaba en la transmisión de conocimientos de gramática (lectura, escritura y recitación de poemas), música, y gimnasia, dirigidas hacia la formación militar. Posteriormente fue generalizándose y se dirigió hacia la formación del ciudadano. A partir de finales del siglo V a.C., bajo la influencia de los sofistas y de Sócrates, aparecerá una reelaboración intelectual del papel de la educación en la sociedad, que culminará con la aparición de escuelas filosóficas, como la escuela de Isócrates, la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles. En estas últimas instituciones ya no importa solamente la formación del ciudadano y el dominio, por parte de éste, de técnicas retóricas, como pretendía Isócrates, sino que la enseñanza y la educación se realizarán en función del ideal intelectual del conocimiento de la verdad.

sea en sí mismo (cultivo de su espíritu), sea en otros objetos, tales como utensilios, herramientas, procesos técnicos, etc., el término se entiende como la intervención consciente del hombre frente a la naturaleza⁸.

Pero, por otra parte, en cuanto que la posibilidad de la cultura presupone, exige, la cobertura de las necesidades vitales más elementales, en ciertos ámbitos, la noción de “cultura” pasó a ser sinónimo de actividad propia de las clases sociales adineradas: lectura de libros “cultos”, audiciones musicales, actividades artísticas, etc⁹.

Resumiendo, en una posible evolución del término podemos ver distintos estadios: inicialmente se entendía como el cultivo del espíritu en un sentido individual; posteriormente, especialmente a partir del S XVII, se confronta la cultura con la natura¹⁰; a ello se añade la dimensión social de la cultura, que cristaliza en la noción de “bienes culturales” o de “cultura material”, y que presupone una acción colectiva, es decir, la colaboración de muchos en la comunidad humana; y por último se asocia, aún de manera elitista, a una situación social privilegiada.

Es esta última manera, poco precisa, en la que se usa el término, emparentándolo con el de “civilización”, para designar el conjunto de instituciones y organizaciones que intervienen racionalmente para resolver los problemas derivados de la convivencia social¹¹.

Y llegado a este punto estamos obligados a detenernos en una frase que recorre nuestra historia, que la atraviesa cual fantasma errante, que invade nuestros imaginarios atenazándolos con el miedo que encierra su antinomia: civilización o barbarie. Antinomia con

⁸ Esta ampliación se efectúa, especialmente, durante la Ilustración y Kant la define como “la producción en un ser racional de la capacidad de escoger sus propios fines”, en el sentido de otorgar “fines superiores a los que puede proporcionar la naturaleza misma”.

⁹ En Alemania el término adopta el carácter de acentuación de las características, particularidades y virtudes de una nación, lo que emparenta esta noción con la de tradición, mientras que en Francia y Gran Bretaña se prefería, en este sentido, el término “civilización”.

¹⁰ Vale aclarar que la noción antigua de cultura como cultivo del espíritu no tiene por qué contraponer cultura a naturaleza

¹¹ Desde esta perspectiva, la civilización puede identificarse más con las conquistas materiales y la organización social, mientras que el término cultura, en este contexto, se puede referir a los empeños que rebasan este ámbito y, más que limitarse a la solución de los conflictos derivados de la sociabilidad, tienden a intensificar la existencia.

historia, si las hay. Para nosotros, para nuestra historia de caudillos y gauchos, resulta particularmente evocativa.

Bien podría sostenerse que las recurrentes preguntas acerca de nuestra identidad constituyen transfiguraciones metafóricas de la polémica sostenida por Sepúlveda y Las Casas acerca de la humanidad de los indígenas: ¿tenían alma? ¿eran racionales? ¿menos que humanos o inhumanos?.

Esta polémica tal vez inaugura el argumento de la inferioridad, la retórica del mundo o estado de naturaleza. Y ha sido, a su vez, la matriz de otras polémicas notables, tal como la de civilización- barbarie, que condensa en su sencilla formulación un hito significativo en el desarrollo de la cultura latinoamericana.

En este largo (a veces explícito, otras implícito) debate, “nosotros”, los pueblos bárbaros de América, constituíamos sujetos devaluados y anómalos, mientras que ellos, “los otros”, los pueblos europeos civilizados, se autoerigían en los verdaderos sujetos. De este modo, el sujeto real no éramos nosotros, sino el otro, en su otredad. Y como era mejor, debía ser imitado. Este fue el inicio de un drama que aún persiste, cuyo imaginario ha configurado activamente nuestra vida intelectual y definido nuestra agenda social, política y cultural.¹²

En estos términos, según Rodolfo Kusch, nuestro concepto de cultura, como todo lo que concebimos, es siempre algo exterior. Para el filósofo, el drama de la filosofía en Latinoamérica radicaba en el desencuentro entre una cultura y sus intelectuales¹³, la filosofía tiene que cerrar la brecha entre ambos¹⁴.

Hay toda una tradición que ha marcado una línea de discontinuidad entre la civilización y la barbarie. La civilización es presentada como ese estadio, ese momento, en que el grupo humano una vez hostil para consigo, se convierte por el milagro de la razón y la magia del progreso, en una asociación de paz y armonía. Sin embargo, para

¹² Cristina Reigadas, *Modernización e identidad en el pensamiento argentino contemporáneo*, Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, n° 22, pág. 53.

¹³ Kusch, R., *Geocultura del hombre americano*, Fernando García Cambeiro, Buenos aires, 1977, cap. 1.

¹⁴ En esta dirección, la crítica a la concepción elitista de cultura condujo a un renovado interés por la cultura popular y la hermenéutica se constituyó en un punto de vista epistemológicamente privilegiado para abordarla.

este discurso, en los márgenes de la civilización, tras sus murallas, amenaza un ser de rasgos deformes y regresivos; un llamado al primitivismo, que arrastra consigo a las almas débiles; un germen que se infiltra en sus corazones y domina sus pasiones. Es el monstruo de la barbarie, el correlato necesario del mito de la civilización.

El control, así, es mostrado como uno de los rasgos más característicos de la civilización; la anomia o el descontrol, como el núcleo de la barbarie. Un sostén de la civilización es el control, forma civilizada de lograr la armonía, expresión de la racionalidad del hombre.

La diferenciación sobre la que se fundamenta la exclusión de los “descontrolados”, de la “barbarie” se vale de dicotomías que contraponen la normalidad y la anormalidad, la salud y la enfermedad, lo lícito y lo ilícito, la legalidad y el delito. En términos universales es la diferencia entre el bien y el mal. Esa dicotomía responde doblemente a una realidad artificial.

Pero podemos justamente intentar atacar la ruptura, la discontinuidad. Podemos trazar una línea de continuidad entre el espacio del control y el espacio de la violencia. No son ámbitos que se separan, sino ámbitos que se superponen. Podemos retomar la tradición, el discurso, que no ve en la cultura del control un estadio civilizatorio. Un discurso que ve al control como una herramienta de poder, un modo de legitimar la violencia y de encubrirla bajo el ropaje de la orden, de la seguridad, una forma, en definitiva, de dominación.

Así, las sucesivas intersecciones entre la “civilización” y las injusticias, el crimen y las grandes masacres nos obliga a poner en crisis la cultura del control, y la distinción entre los campos del orden y la transgresión, entre la “civilización” y la “barbarie”. Nos obliga también a romper los horizontes y a mirarnos como iguales.

Hoy, la sociedad argentina contemporánea está inmersa en tiempos de confusión y preocupación en el marco de la seguridad pública. Hay una construcción, a través de los medios de comunicación, de una realidad amenazada por delincuentes y terroristas. El terror y el miedo acotan los límites de la tolerancia. Aquellos que quedan más allá de dicho límite son perseguidos, hasta ser eliminados, en nombre de la supervivencia del régimen. Así, se estigmatiza la pobreza, se excluye aún más a los ya excluidos. En fin, se construyen nuevos “barbaros” a la orden del día.

¿Cómo romper esta distancia? No lo sé, pero en la obra de Roldofo Kusch, al menos, siento que se acorta: relata en un capítulo de *Indios, Porteños y Dioses* la vuelta en el tren de La Paz hacia Buenos Aires, luego de un fascinante viaje por el altiplano. A llegar a La Quiaca siente que el haber cruzado la frontera es estar casi con un pie en casa. Respira el orden y la paz, piensa en los pocos días de que le faltan para volver a la cultura, al orden, la civilización y el progreso. Y brota en él una fórmula de dos pronombres: “ellos y nosotros”. En Buenos Aires volvemos a ser “nosotros”, piensa, mientras que “ellos” se quedan aquí.

Inmediatamente, cuenta el autor, eso de “ellos y nosotros” le hizo recordar que una vez que se hallaba a la orilla del lago Titicaca, y apareció un indio que venía cantando en sentido contrario, mientras golpeaba un tacho. Él se escondió detrás de uno de los escasos árboles que había en el lugar. El indio se acercó al agua, llenó su tacho, levantó sus brazos, gritó algunas frases y se volvió, siempre cantando. Y él detrás del árbol. Qué raro empeño en mantener la distancia entre el indio y él reflexionó.

En Buenos Aires progresamos y hacemos cosas. Es cierto, pero ¿cómo lo hacemos?. Sustituyendo sólo lo blanco por lo negro y diciendo que hay que hacer bibliotecas cuando no las hubiera, o asfaltar calles si son de tierra, o imponer la cultura, aunque sea a la fuerza. Y todo esto con la sencillez beatífica del chico que siempre encuentra los errores a los adultos. ¿Demasiado simple, verdad?, se pregunta el autor.

¿Estamos o no en el paraíso que soñamos? Decir que no sería ponerse el *taparrabo* y nosotros no estamos dispuestos a hacerlo. Aquí de ninguna manera somos indios. Somos cultos y progresistas. Sí, pero detrás del árbol con vergüenza y miedo.

Kusch recuerda la última mirada que echó a Bolivia desde la Quiaca. Tenía una firme convicción de haber dejado la mitad del hombre al otro lado de la frontera, del lado de *ellos*, y de que se había venido sólo con la otra mitad, la que llamamos *nosotros*.

Alguien podría decir escandalizado que del otro lado de la frontera había indios con costumbres raras, piensa el autor, pero él se encuentra confundido. Recuerda la rareza de nuestras propias costumbres de bailar el tango, sentarse en un café o ir a ver fútbol.

Le parece que volver a Buenos Aires es volver a Bolivia, y viajar a Bolivia es descubrir Buenos Aires. Seguramente debemos ser una misma cosa, concluye. Pero nadie nos contó que era así. Qué empeño en separar las cosas en América y que maravillosa capacidad para escabullir el fenómeno del hombre¹⁵.

Si sólo queremos vivir, entonces por qué nos separan en dos bandos: por un lado los sucios y por el otro los limpios, por un lado los controlados y por otro los descontrolados, los civilizados y los barbaros.

Será cosa de cambiar la mirada y recobrar la humanidad. Claro que para esto hay que salir del árbol. Pero a todos nos gusta andar escondidos porque tenemos mucho miedo en la gran ciudad...

¹⁵ Rodolfo Kusch, *Indios, Porteños y Dioses*, Secretaría de Cultura de la Nación en coproducción con Editorial Biblos, Bs. As. 1994, pág. 76